

**WAGNER
TAMBIÉN MURIÓ
EN VENEZIA**

Roberto Lumbreras

© Roberto Lumbreras, 2020

Texto con registro de propiedad intelectual

Prohibida su reproducción sin autorización del autor de la Editorial Torre de Lis

La **Sociedad General de Autores y Editores**: www.sgae.es

gestiona los derechos de representación de esta obra en todo el mundo.

Para cualquier **información previa sobre la disponibilidad de este texto**

pueden dirigirse al autor: roberto@robertolumbreras.com

A Ángeles

Primera parte:

“En el teatro”.

Estreno de una comedia en un viejo teatro de los circuitos comerciales.

En escena, lo que podría ser el último acto de la obra, o bien una comprimida *pièce en un acte*.

PERSONAJES

ÉL

De edad, cincuenta y... un largo etcétera. Los signos de su verdadera edad están en disonancia con su envoltorio “juvenil”.

Es un escritor en declive y un galán en decadencia; aunque ahora está viviendo una postrimera euforia en estas dos facetas, gracias a un taller literario y los ligues femeninos que le proporciona.

Su matrimonio fue lo que en sus tiempos se llamaría sin ambages “un braguetazo”; sin embargo, en la actualidad ÉL se presenta gozosamente como “recién divorciado”.

ELLA

Es la recién divorciada.

Ha cumplido recientemente los cincuenta, pero parece que no hayan pasado los años para ella: sigue tan guapa, tan ingenua y enamorada como en los lejanos días en que se prometió con ÉL.

Aunque ella no lo dirá, es una gran amante de la literatura, y debe de ser por lo menos catedrática en esta disciplina: sólo así se explica que haya soportado tanto tiempo el lado privado de ese escritor.

En la indumentaria de ELLA no hay nada que rechine, ya vista clásico o casual; pero, eso sí, siempre “de marca”.

MAIKA

Su edad ronda la treintena.

Hace honor al célebre adagio de Juvenal: su empuje y seguridad vienen tanto de la insultante lozanía de su cuerpo como de su halo intelectual.

Viste como corresponde a una chica de su edad, con ropa económica pero resultona de franquicias, ropa que lleva entallada.

Luce, al hombro, un bolso tipo “bag”, perfecto para guardar un ordenador portátil o un bloc con apuntes.

Suena como preludio una canción pop alusiva.

Es un atardecer de octubre, en el salón de un apartamento de alto standing, situado en el centro de una gran capital.

El atrezzo que ocupa la escena puede estar tamizado con forros o filtros, como un celofán de color, para darle un tono o efecto “semireal”.

La escena, como se describe:

FORO, de izquierda a derecha:

- 1.- Puerta del piso.
- 2.- Falsa chimenea francesa sobre la que cuelga un cuadro de formato grande con un retrato de cuerpo entero de ELLA en el esplendor de su belleza.
- 3.- Mueble moderno mixto de salón, cuyo paño de anaqueles está repleto de libros y manuscritos, y cuenta con un módulo de mueble-bar.
- 4.- Escritorio-secreter *vintage* con silla, sobre el que hay varios legajos y manuscritos encuadernados.

IZQUIERDA, de foro a proscenio

- 1.- Hueco del pasillo.
- 2.- Puerta de un cuarto, que está cerrada; de la manilla cuelga un aparatoso cartel con letras bien grandes en que se lee: RECIÉN DIVORCIADOS.
- 3.- Espejo de pie.

DERECHA, de foro a proscenio:

- Tresillo, mesa auxiliar, lámpara de pie.

UNO

Aparece en la escena ÉL. Habla en tono acaramelado por teléfono móvil.

ÉL: Todavía no he colgado y ya te estoy echando de menos. (...) Ya sabes que sí. (...) Te quiero. (...) ¿más alto? (*Más alto.*) ¡Te quiero! (...) ¿Quieres que me oigan todos los vecinos? Pienso quedarme en esta casa. (...) (*Más alto.*) ¡¡Te quieeeeroooo!! ...

En ese momento, entra ELLA de la calle, avanza en el salón con paso cansino, el cuerpo algo alabeado, y la cabeza mirando al suelo; actitud que al poco corrige irguiendo y relajando el esqueleto. Ve el cartel de la puerta, y después de leerlo le da la vuelta con gesto de fastidio, que de inmediato torna por el de dignidad. Finalmente, echa un vistazo general al salón, e intenta contener las lágrimas.

ELLA: Hola.

ÉL: (*A la interlocutora del teléfono.*) Acaba de llegar mi “ex”. ¡Hasta ahora! (*de nuevo a la interlocutora, en voz baja.*) Te quiero. (*Corta la llamada y se guarda el móvil. A ELLA*) ¡Ah, eres tú! Ya no te esperaba. (*Mira ahora sorprendido el aspecto de ELLA, y hace un gesto de aprobación.*) ¡Vaya!: Un cambio de look para afrontar tu nueva vida, ¿eh? (*Mirándose al espejo y frunciendo el ceño, desaprobando su aspecto.*) Yo también lo haré. Iré a un asesor de imagen. (*Volviéndose a ELLA.*) Tu “serpiente” va a renovar la piel: esta ya está muy vista. (*Transición. Mira la hora.*) Te has retrasado, llegas en mal momento: espero a alguien.

ELLA: Lo siento. Me quedé dormida en el sofá; este tratamiento antidepresivo...

ÉL: No sigas por ahí. No me interesa el tema “fármacos antidepresivos”.

ELLA: Quizás a ella sí: a la chica de los “te quiero”. ¿Por qué tantos gritos? ¿Es que no te cree? ¡Pobre chica! Me da lástima.

ÉL: Pues no debería dártela: tiene la mitad de tu edad, y te dobla en inteligencia.

ELLA: Pues sí que tiene que ser inteligente... Pero de poco le ha de servir; porque tú siempre eres mucho más inteligente que ellas: es tu primera norma. Tendrá que volverse astuta.

Aún así, acabará perdiendo. Y entonces tú le gritarás otras cosas muy distintas a lo que acabas de gritarle.

ÉL: (*Sonriendo, malicioso.*) Y... ¿de la edad no quieres decir algo?

ELLA: Que puede ser tu nieta. (*Volviendo a su fragilidad.*) Olvídalo. Es una frase hecha. No he venido a pelear.

ÉL: Yo tampoco. Estoy aquí para otra cosa. Sólo quiero que me firmes el contrato de arrendamiento del apartamento: he decidido seguir viviendo aquí. (*Mirándola de arriba abajo.*) ¡Pues, a pesar de los fármacos, te ves muy bien!

ELLA: Gracias por el cumplido. Pero no te hacía falta; he venido a firmarte el contrato... y una *entente cordiale*. Aunque sospecho que estás tramando algo que no me va a hacer muy feliz... Porque siempre aborreciste este apartamento, y ahora quieres quedarte a vivir. Es una contradicción demasiado evidente.

ÉL: Tan evidente como tu propósito de conservar este piso... Debí haberlo imaginado cuando acepté tu condición para que me dejaras libre. Una condición envenenada: que no vendiéramos nunca este apartamento; y que no se moviera ni un solo mueble ni enser, (*señala el retrato de ELLA sobre la chimenea.*) incluyendo ese retrato. ¿Y por qué?, me pregunto yo. No, no me digas nada; yo te lo diré. (*ÉL se sirve un güisqui, bebe, pasea por el salón. ELLA se queda sentada en el sofá.*) “La casada casa quiere”, que dice el refrán. Y, por tanto, la descasada, casa no quiere. A no ser que la descasada, o sea, tú, no quiera descasarse del todo..., y entonces se descase a medias.

ELLA: (*Suspirando, resignada.*) ¿Y cómo se descasa una a medias?

ÉL: No te hagas la loca: haciendo exactamente lo que tú has hecho. Allanándote en el divorcio con una sola petición, que yo como una malva te firmé. Una cláusula aparentemente estúpida e inocua: que este apartamento permanezca como un santuario, como si el tiempo se hubiese detenido (*señala el retrato de ELLA.*) como está detenido en ese retrato de tu apogeo.

ELLA: ¿Es esta tu nueva teoría?

ÉL: No es mi teoría. No es una teoría. Es una práctica: tu práctica. Tu plan llevado a cabo con toda la maquinal eficacia de tu mente femenina calculadora y pragmática.

ELLA: ¿Un plan...? ¿Maquinal eficacia...?

ÉL: Veo que tú no has cambiado de táctica. Sigues disimulando. Pero ya no te servirá. Porque si tú lo has urdido muy bien, ¡yo te he descubierto! Yo creía que había ganado la guerra, y resulta que los terrenos conquistados están llenos de tus minas. O, más exactamente,

de una bomba de relojería, que estallará cuando llegue el momento; el estudiado y premeditado momento. Ese momento en el que estarás oteando (*Señala hacia la "cuarta pared" el ventanal que da a la calle.*) desde la atalaya que te has comprado justo enfrente.

ELLA: (*Se lleva las manos a la cara, cansada.*) No sé lo que pretendes. Pero sin duda se trata de venganza.

ÉL: Lo que pretendo lo sabrás más tarde. Ahora estamos en lo que pretendías tú. El porqué de tu chantaje. Está muy claro. ¿Acaso no constituye el apartamento un vínculo que une aún legalmente nuestros nombres? ¿Acaso no propicias con esto algún encuentro? (*Señalando los muebles y objetos de la casa.*) Tus cosas y mis cosas siguen aquí reunidas y unidas: ¿Acaso no hay una intención en esto? Si con el tiempo, yo, por los avatares del destino, en un momento bajo... acosado por las deudas y abandonado por la última de mis mujeres... Si con el tiempo yo tuviera que volver a esta casa: ¿no actuaría este santuario, conservado exactamente en el mismo estado como lo dejamos, como propaganda evocadora de tantos gestos de amor que habías tenido tú por mí en todos sus rincones? Y en ese caso, yo, vencido y necesitado más que nunca de unas palabras comprensivas, ¿no te llamaría para avivar esa chispa de cariño que esta casa habría producido en mí? Porque tú sabes esperar. Sabes que el tiempo juega en contra mía, que cada vez me cuesta más ligar y que mis ligues duran menos. Sabes que soy un escritor en declive, que pronto dejaré de escribir novelas para escribir mis memorias. Sabes que llegará ese día, ese instante, en que me mire en el espejo y mi seguridad se derrumbe definitivamente. Ese momento bajo que sin duda esperas. Porque tú todavía me amas. Eso es por lo que te temo. Eso es lo que te hace peligrosa: ¡No hay nada más peligroso que una mujer que ama!

ELLA se lleva las manos a la cara y comienza a llorar.

Pausa.

ELLA: ¿Qué nos ha pasado, am...migo?

ÉL: Pues simplemente que nuestro amor ha muerto de agotamiento. Por eso nos hemos divorciado.

ELLA: Entonces, ¿no me amabas cuando me decías

ÉL: Sí, pero hace mucho tiempo de eso: acéptalo.

ELLA: Cuando me escribías... cuando me regalabas flores silvestres. Todavía las conservo en tus libros.

ÉL: Ahora marchitas, como el mismo amor.

ELLA: ¿Y en el caso de que sea así...?—

ÉL: Es así.

ELLA: ¿Hay algo malo en mantener la esperanza?

ÉL: ¿La esperanza? ¿Es que no te has enterado, aún? ¡Nos acabamos de divorciar!

ELLA: Eso ya lo sé. Pero a veces... A veces las aguas vuelven a su cauce.

ÉL: ¿“A su cauce”...?

ELLA: Elizabeth Taylor y Richard Burton se divorciaron y se volvieron a casar. *(Se levanta de pronto, coge su móvil y se hace un “selfie” con ÉL, mostrándole el resultado.)* ¿Lo ves?: ¡Hacemos tan buena pareja de divorciados! *(Va al anaquel y coge uno de los libros amarillentos y saca una flor seca.)* ¡Esta casa está tan llena de recuerdos para mí...!

ÉL: *(Quitándole el libro y la flor, y devolviéndolo a su lugar.)* Te engañas, lo idealizas. Tienes idealizada hasta la casa. Cuando esta misma casa es el resumen de un fracaso. Recuerda. Da bien a la moviola. El primer golpe lo recibiste cuando me deshice de la cama de matrimonio, y dormimos en camas separadas.

ELLA: Sí. Fue duro. Tu sueño se alteró con el niño. Estabas harto de que mi roce te despertara.

ÉL: No metas al chico. Estábamos con este apartamento, con la metáfora que tú no has sabido o no has querido ver.

ELLA: ¡Los escritores veis metáforas en todas partes!

ÉL: El segundo golpe lo recibiste cuando dormimos en habitaciones separadas.

ELLA: No debí quejarme de que roncabas.

ÉL: No, haz memoria: te quejabas de que en mis sueños llamaba a otras.

ELLA: Pero fui al psiquiatra para curarme de esos celos absurdos.

ÉL: No eran absurdos: ellas existían, pero tú te negabas a que nuestro matrimonio tuviera esa válvula de escape.

ELLA: ¿“Válvula de escape”? Ah, claro: otra metáfora.

ÉL: Compartirme con otras. Te negaste a compartirme.

ELLA: Mi religión prohíbe la poligamia.

ÉL: El tercer golpe lo recibiste cuando dejé esta casa y me fui a vivir al estudio que hice en el sotechado: Jennifer, Susana, Eva, Jacqueline, Lidia, Leticia... hasta la asistente, Azucena.

ELLA: *(Con voz trémula.)* Pero... venías a comer a casa.

ÉL: A que me pusieras caras raras, a que removieses mi conciencia con tus miradas lacrimosas, a que me sonsacasas. A que te pidiera perdón.

ELLA: Yo siempre te lo daba. Y no te hacía reproches cuando me encargaba de la casa y de la educación de nuestro hijo, mientras tú escribías una novela tras otra.

ÉL: La psicología está escrita al revés: las mujeres sois más caballerosas que los hombres. Y los hombres somos más volubles que las mujeres. *C'est la vie!*

ELLA: *(Llorando.)* ¡Qué recuerdos me trae esta casa! Aquí sentiste la emoción cuando te sonrió el niño por primera vez, y cuando te llamó por primera vez “papá”.

ÉL: *(Con un leve velo de ternura.)* Sí, eso sí es verdad... Y qué efímero fue todo eso: pronto dejó de llamarme “papá” y pasé a ser “su viejo”.

ELLA: ¿Y eso no es felicidad?

ÉL: ¿Felicidad? ¿En esta jaula de oro, yo feliz? *(Nostálgico.)* Yo era verdaderamente feliz en mi tienda de campaña... Y tuviste que aparecer tú.

ELLA: ¿Y pensabas vivir siempre en una tienda de campaña?

ÉL: No. Pensaba comprar luego una *roulotte*, después un yate, y finalmente un *jet* privado para volar lejos... ¡Pero tú te encargaste de chafarme los planes! *(Entra en la habitación contigua y sale con un tablero en el que está anclada una tienda de campaña biplaza sin levantar; lo sitúa sobre la alfombra y comienza a levantar la tienda.)* Soy un donjuán, un despreciable donjuán. Lo reconozco. Pero tú ya lo sabías, y pensaste ladinamente que me ibas a cambiar. Has jugado y has perdido. Debes aceptar el riesgo y su resultado. En el amor, el hombre es trashumante como los cosacos; fue la mujer la que inventó la casa, el hogar y la fidelidad. *(A ELLA, señalando a la tienda de campaña.)* ¡Qué!: ¿Y esto no te trae recuerdos? Tú también pasaste por ahí. ¿Te acuerdas? Ya habíamos intimado, y entonces decidimos hacer acampada libre. *(Rememorándolo sonriendo.)* ¡Fue una noche muy cerda! Estábamos tú y yo solos en aquella chopera. Un perro salvaje merodeaba por la tienda, y tú no te concentrabas. En medio de la faena, me tocó vestirme y salir a ahuyentarlo. Yo estaba más rabioso que el perro. Antes de que se me abalanzara probó mi estaca y huyó entre aullidos. Mi exhibición de fuerza te había puesto cachonda. Y al poco estabas aullando tú: “¡Ahuuu, ahuuu, ahuuu...!”. *(Se ríe).*

ELLA: Eso es verdad sólo a medias: te sobra la burla... fue más bonito.

ÉL: *(Sin dejar de levantar la tienda.)* ¡Qué tiempos aquellos! Sin ataduras ni preocupaciones. Montaba la tienda, hacía mis ejercicios gimnásticos, leía, me bañaba... y rara era la

noche que alguna guapa campista no se confundía de tienda y se quedaba a pasar la “velada”. (*Transición. ÉL mira el reloj.*) Dentro de unos minutos vas a ver cómo empiezo a profanar tu santuario.

ELLA: ¿Profanar mi santuario?

ÉL: Profanar este apartamento. Pienso tirarme a una alumna por semana. (*Señalando de nuevo la calle.*) Y tú lo verás desde tu atalaya. ¡Acabarás aborreciendo este lugar! Recuerda: ¡Una por semana! Aquí, en medio del salón, y dentro de nuestra vieja tienda, donde la primera vez. Ahora todas las chicas quieren ser escritoras... y yo soy su Henry Miller.

ELLA: ¡Para eso querías el taller literario...!: lo sabía.

ÉL: (*Dando los últimos ajustes a la tienda de campaña.*) Dentro de unos minutos vendrá una preciosa aspirante a novelista de veinticuatro abriles. Un digno ejemplo del adagio de Juvenal: *Mens sana in corpore sano*. Es decir: una mente imaginativa con un cuerpo 10. (*Realiza las acciones que va describiendo.*) Pongo ese disco de *Sonidos del bosque*. Echo ambientador de pino. Enchufó el ventilador... y verás qué brisa campestre se prepara. Luego encenderé el *camping-gas* y pondré la radio... Acuérdate: “Los cuarenta principales” para marcar los ritmos y amortiguar tus aullidos: “¡ahuuu! ¡ahuuu!”. (*Mira el reloj. A ELLA.*) Ahora tendrás que irte, o esconderte rápidamente en tu ex-dormitorio de ex-esposa: mi alumna está a punto de llegar. (*Mirándola: ELLA no muestra intención de irse.*) ¿Entonces te quedas? ¡Oye, no me digas que eres una voyeur! (*Señalando la puerta de la habitación.*) Puedes dejar la puerta entreabierta... Te lo pasarás bien. ¡Ah!, tu consolador sigue escondido en el cajón de la lencería: no se ha cambiado de lugar ni un solo objeto de la casa.

Suena el teléfono móvil de ÉL.

ELLA va a encerrarse en la habitación contigua, humillada.

ÉL contesta el teléfono.

¿Sí? (*Extrañado.*) Encanto, ¿todavía no has salido de casa? (*Serio. Se va al proscenio para que no le oiga ELLA.*) ¿Algún problema? (...) Pues no, no te entiendo (...) (*Estupefacto.*) ¿Muy... rápido? (...) Entonces... ¿Lo que sucedió ayer en mi coche? (...) Ya. (...) (*Fingiéndolo serenidad.*) Nada, mujer. No tienes que disculparte... Cambio de plan, y ya está. Todavía no había sacado la tienda de campaña. (*Incitante.*) Porque precisamente estaba ocupado en mi última obra: iba a leerte, como primicia, el primer capítulo de mis memorias. (...) (*Claudicando.*) Entendido, no insisto... (*De pronto,*

iluminado.) Sólo una cosa. Oye, ¿esa chica que se acercó a saludarnos en el bar de la hípica...? (...). Una morenita. (...) (*Riendo.*) O morenaza, bueno. ¿No le gustaría escribir? (...) ¿Y por qué no? (...) ¡De ciencias! Claro, por eso no se atrevía a meter baza. ¿Y qué estudia? (...) ¡Ah, bueno, si es de Biológicas, no es tan de ciencias!: digamos que es lo que queda más cerca del humanismo (...) (*Riendo, disimulando.*) Sí, del humanismo del cuerpo humano: eso mismo iba yo a decir... Bueno, ¡pues a ver si nos vemos otro día en la cafetería los tres y me la presentas! (...) ¿Y por qué no? ¡No seas tú como “el perro del hortelano”! (...) Hasta el martes, encanto: ¡La nueva Colette!, ¡sí señor! (*Corta la comunicación. Enfurecido.*) ¡Calienta-pollas! (*Coge la botella de güisqui y se sirve un vaso que apura de dos tragos. Despreciativo.*) ¡“Colette”! ¡Qué más quisiera esa estrecha! (*Consulta el archivo del teléfono móvil, y llama, mientras pasea por la línea de proscenio. No contestan.*) Dónde estarás, Virginita. (*Busca otro número y llama. Contrariado.*) ¡“Buzón de voz”! ¡Voy a ligar con un buzón de voz! (*Espera a la señal.*) Hola, Silvia, soy yo, tu profesor de narrativa. Espero que estés trabajando duro en ese cuento. Estoy ansioso por leerlo. Hasta el martes. Besos. (*Vuelve a hacer otra llamada.*) ¿La señorita Maika? (...) Del Taller Literario Hemingway. (...) ¡Me has reconocido! (...) Sí, ya sé que te diste de baja del taller. Pues precisamente de eso quería hablarte. El caso es que he estado revisando los trabajos del mes pasado y... No sé cómo contártelo, pero, lo cierto es que he vuelto a leer tu novela, y he dejado de escribir la mía. Con esto te lo digo todo. (...) Reconozco que me he equivocado con respecto a tu obra. Lo siento. No sé en lo que estaba pensando entonces para no ver tu pequeña... obra maestra. ¡Es fantástica!, demoledora y a la vez sutil; leve y al mismo tiempo profunda. Llevo días pensando en recuperarte. Era un deber moral para mí decírtelo. (...) Comprendo que te hayas quedado de piedra con esta llamada. (...) Escucha, escucha, escúchame bien, Maika: debes retomar esa vocación. (...) No pierdas el tiempo en encontrar tu manuscrito, ya te digo que tengo mi copia encima de mi escritorio. (...) Sí, lo he leído y releído... ¡Debes venir ya! Escucha Maika... ¿Escuchas?... ¿Maika?... ¿Estás ahí? (...) ¿Que se entrecorta? (...) Maika, ¡te estoy perdiendo! (*Para sí.*) ¡La he perdido! ¡Ha colgado! ¡La muy zorra! (*Busca otro número y llama.*) ¿Vera? (...) ¿Cómo que quién soy yo? No, majo: ¡Quién eres tú! Yo llamo a Vera. Este es su móvil, ¿no? (*Sorprendido.*) (...) ¡Ah! Pues encantado, chaval. Soy su profesor de narrativa, del Taller Literario Hemingway. (...) Gracias, majete. (*Pausa.*) ¡Vera! Pensaba que estarías en casa rematando ese relato maravilloso, y resulta que estás con un don nadie que dice ser tu novio. (...) A mí no me importa, tienes razón.

Pero a ti sí debería importarte. No me gustan las clases *online*, pero me veo en la obligación de darte una. (...) No te preocupes, que será muy breve. Escucha, Vera: primero triunfar, y después follar. No invertir nunca el orden, Vera. De lo contrario, no llegarás lejos. Si satisfaces la pasión no sublimarás; y si no sublimas, no crearás. (...) ¡Lo que pasa es que la verdad duele! (...) Nada más. Ah, sí; una cosa. (*Grave.*) Vera: ¡Que ningún accidente te desvíe del lugar glorioso para el que has sido elegida por el destino! (...) Pues te lo diré más claro, Vera: “¡Exige a ese patán que se ponga el preservativo!”.

(Fragmento ofrecido por cortesía de Torre de Lis)

**PUEDES ADQUIRIR LA OBRA EN LIBRO EN TU TIENDA HABITUAL
(DISTRIBUCIÓN TAMBIÉN EN MÉXICO Y LOS ESTADOS UNIDOS).**

EDITORIAL TORRE DE LIS

(Colección Esquilo)

ISBN: 978-84-122683-3-1

www.torredelis.com